

La Virgen del Totumito

Escribe: S. T. FORZAN-DAGGER

La intención que guía al autor del presente trabajo no es la de hacer una hagiografía barcelonesa, porque en realidad allá, en Barcelona de Venezuela, no han nacido santos. Pero sí podemos escribir acerca de los que arribaron a las costas de dicha ciudad y, también, sobre sus apariciones y milagros, los cuales arrancan desde la época de su fundación, como veremos de seguida.

Entre los santos de mayor tradición que tiene la Ciudad del Neverí, la Virgen del Totumo o del Socorro ocupa lugar de privilegio. Mejor dicho, es la única santa que aparece ligada a la historia de la fundación de Barcelona. Así lo cuentan las crónicas de la época, escritas por los misioneros que tuvieron a su cargo la dura tarea de civilizar a aquellas naciones de indios en estado de elemental cultura. Fray Antonio Caulín, célebre naturalista y etnógrafo español, relata los milagros de la susodicha virgen en su obra *Historia corográfica, natural y evangélica de la Nueva Andalucía, Provincia de Cumaná, Nueva Barcelona, Guayana y caudalosas vertientes del famoso río Orinoco*, donde anota: "Es voz común en dicha ciudad, que esta devotísima imagen fue aparecida en el sitio de Cumanagoto, donde estaba fundada el año de mil seiscientos y cincuenta, sobre un árbol que en este país llaman Totumo, y permanece hasta el presente frondoso y fructífero".

Como se ve, es sumamente curiosa la forma de cómo apareció la virgen del Socorro sobre un árbol de totumo. El lector se preguntará: ¿Cómo llegó hasta el totumo? ¿La llevó alguien? ¿Será un milagro? Este mismo deseo que tenemos nosotros de saber el origen de la aparición de la referida santa lo tuvo el padre Caulín, quien afirma que don Fernando del Bastardo y Loaysa, miembro del santo oficio y conocedor de la historia de los monumentos barceloneses, le respondió que la imagen había sido conducida de la Guaira "por cierto Cavallero". No sabiéndose hasta el presente la manera de cómo llegó al pueblo Cumanagoto, el cual estaba ubicado en las salinas de Apaicuare, hoy Maurica, en las orillas del desaparecido río Salado, que era, para esa época, un brazo del río Neverí. Es de advertir, que la virgen del Socorro se halla en suelo cumanagoto,

hoy barcelonés, desde hace más de 300 años, ya que su aparición data de 1650. Esto nos demuestra que dicha imagen es más antigua que Barcelona, porque la actual capital de Anzoátegui fue fundada el 1º de enero de 1671 por Sancho Fernández de Angulo y Sandoval.

Volviendo al caso, hasta el propio sabio Humboldt se interesó por aquella “inquieta” virgencita que, en ese entonces, era el orgullo de los barceloneses. En sus memorias nos cuenta que la villa de Cumanagoto era conocida por los milagros de la Virgen del Totumo, hallada en el tronco hueco de un totumo o calabacera cuyo nombre científico es *crescentia Cujeta*, según el sabio alemán. “Esta virgen —apunta Humboldt— fue llevada en procesión a Nueva Barcelona; pero cada vez que los clérigos estaban descontentos de los habitantes de la nueva ciudad, ella huía de noche y regresaba al tronco del árbol, en la desembocadura del río. Este prodigio no cesó sino cuando se construyó un gran convento (el Colegio de la Propaganda) para alojar allí a los monjes de San Francisco. Ya habíamos visto anteriormente cómo, en un caso semejante, el obispo de Caracas, hizo trasladar la imagen de Nuestra Señora de los Valencianos a los archivos del obispado, y cómo permaneció treinta años secuestrada”. De este modo, pues, nos narra el sabio alemán las travesuras de la milagrosa virgen. Pero, el padre Caulín nos la cuenta en forma distinta. Veamos.

Según el citado misionero, cuando todos los moradores abandonaron la ciudad de San Cristóbal de los Cumanagotos y se marcharon a vivir a la Nueva Barcelona, en las orillas del río Neverí, el 1º de enero de 1671, se llevaron también a la mencionada virgen, a la que colocaron en un “lugar decente que ya le tenían preparado” en la santa iglesia parroquial barcelonesa. Al otro día, los devotos se encontraron con algo inesperado: la capilla completamente vacía. La imagen había desaparecido tanto de su nicho como de toda la iglesia, de la que no dejaron un rincón sin registrar. Ante tan extraña situación, los comentarios surgieron. Unos decían que se la habían robado. Otros, enfurecidos, pedían que se investigara el paradero de la virgen y que cayera el peso de la ley sobre los responsables o profanadores de iglesias. Las plazas, las esquinas, las calles, los zaguanes, etc., eran sitios en que se formaban corrillos para comentar lo sucedido. Hasta que a unos cuantos se les ocurrió visitar el lugar en donde había aparecido por primera vez. Y así sucedió. Allá la encontraron, muy oronda, sobre el célebre tronco hueco de su totumo, en las orillas del desaparecido río Salado. La noticia del hallazgo cundió por todas partes de la ciudad. Las campanas de la iglesia fueron echadas al aire en señal de alegría de la población. Y los “nuevos catalanes”, después de muchos ruegos y rezos, la bajaron del totumo y la llevaron en solemne procesión a la iglesia parroquial, en donde entró en medio de apretados cordones humanos y bajo el constante repiquetear de las sonoras campanas, cuyos ecos bañaban la ciudad. El ambiente de aquella tarde estaba impregnado de júbilo y alborozo. Y la imagen fue colocada, una vez más, en el mismo nicho. Pero, al día siguiente, un susto mayúsculo se llevó nuevamente el sacristán al percatarse de que la capilla estaba vacía, que la virgencita había desaparecido. La noticia voló de boca en boca y sin vacilaciones visitaron el lugar en que siempre aparecía. Llenos de asombro y de perplejidad la hallaron en el mismo sitio, en el tronco hueco de

su totumo. “Confusos —apunta Caulín— los vecinos de Barcelona con tan estupendo prodigio, se juntaron a Consejo; y salió de acuerdo y procesionalmente con la posible solemnidad, y después de varias deprecaciones y rogativas que para este fin le hicieron, hubo de condescender la Madre de las misericordias, que no sabe cerrar los oídos a los ruegos de sus devotos, en quedarse con ellos, como lo está al presente, experimentando los que fervorosos la invocan remedio en sus males, consuelo en sus aflicciones, y un total socorro en sus espirituales y temporales necesidades”. Aparte de esta versión que acabamos de leer, la tradición barcelonesa cuenta que a la mencionada santa le colocaron en sus pies unos pequeños grillos de plata para impedirle sus misteriosas escapadas.

De esta manera, en suma, fue como la “inquieta y traviesa” virgen-cita del totumo se quedó para siempre en la iglesia de San Cristóbal, hoy Catedral de Barcelona. Empero, esto no es todo. Aún queda por contar algunos hechos de la santa y que el padre Caulín nos narra en su citada obra histórica y sobre los cuales vamos a escribir a continuación.

Cuenta el referido misionero, que una vez un barco español navegaba frente a las costas de Barcelona, posiblemente las de Maurica, cuando de pronto se vio súbitamente perseguido por piratas ingleses “...para hacerse señores de su riqueza —escribe Caulín—, quitando a sus dueños, como acostumbra, irremisiblemente las vidas. Viéndose los españoles en tan manifiesto peligro, se encomendaron muy de veras a María Santísima del Socorro, e implorando devotamente su poderosa intercesión, pusieron la proa hacia el Río de Barcelona (Neverí) con ánimo de varar en sus playas, para librar de los Piratas a lo menos las vidas”. Cuál no sería la admiración de aquellos viajeros al ver que el barco se dirigía apresuradamente hacia la desembocadura del río por cuya boca, “estrecha y escasa de agua, que es necesario esperar la marea llena para que pueda entrar o salir una mediana lancha”, pasó rápidamente, adentrándose en el Neverí y se detuvo frente a un corpulento guamo (árbol tropical de fruto comestible), del que lo ataron (cuéntase que los hijos de dicho árbol aún permanecen frondosos). Toda la tripulación saltó a tierra y se encaminó al templo a dar las gracias a la virgen del totumito. Y fue tanta la emoción que produjo aquel milagro en la colectividad barcelonesa, que un feligrés de esta ciudad, cuyo nombre desgraciadamente no se conoce, admirado e impregnado de fe cristiana, le escribió estas estrofas que en seguida damos a conocer:

*“¡Oh Virgen de Barcelona
que desde tu antiguo templo,
del Neverí tú presides
las fiestas ha mucho tiempo!
Préstale, santa Patrona,
a mi humilde voz aliento,
para que la fe pregone
de ese tu querido pueblo”.*

Otro día, la tranquilidad de los habitantes de Barcelona se interrumpió a causa de un rumor de invasión de los ingleses, quienes para ese entonces eran enemigos del rey de España. En efecto, los británicos habían

arribado con sus naves de guerra a las doradas playas de Maurica, donde desembarcaron sus tropas y de inmediato se pusieron en marcha hacia la ciudad con el fin de saquearla y de vejarse su población. Si bien sus intenciones no llegaron a realizarse. A su encuentro les salieron los barceloneses, quienes lograron detenerlos; observando que ellos, siendo inferiores numéricamente al enemigo, habían conseguido ponerlo en fuga. Tal acontecimiento, como es natural, produjo admiración y alegría en la colectividad barcelonesa. A pesar de que nadie sabía las causas de la inesperada derrota de los ingleses. Días después, los barceloneses “hicieron averiguación de aquella no esperada retirada —escribe el célebre misionero español— y publicaron los Ingleses que al llegar a las playas para saltar en tierra, se les presentó un crecidísimo Ejército de gente bien ordenada, a quien comandaba una Señora de singular belleza y hermosura. Atemorizados los Ingleses, y desesperados de resistir a tan valerosa Capitana, levaron anclas, y dándose a la fuga, se restituyeron a sus tierras como mansos Corderos los que salieron de ellas como Lobos sangrientos, dexando la victoria en manos de la que es tan formidable y terrible como los Esquadrones bien ordenados para la defensa y socorro de sus devotos. Acudieron —continúa Caulín— los Barceloneses a dar las debidas gracias a su especial Bienhechora; y habiendo abierto el Tabernáculo, hallaron a su devota Imagen llena de cadillos y espinas, y la fimbria del vestido mojada y entrapada en arena, y algunas yerbezuelas de las Playas, con que confirmaron esta estupenda maravilla, que es justo se exculpa en bronce para eterna memoria y alabanza de tan gran señora”.

Mas, entre las tradiciones que todavía se mantienen en la mente de este pueblo, hay una que goza de mucha popularidad aunque hoy, desgraciadamente, ha decaído hasta el extremo de que más nunca se ha vuelto a renovar. Se cuenta, que cuando el verano azotaba y ponía en peligro las cosechas y la vida de los animales domésticos, los barceloneses acudían a la iglesia en demanda de lluvia ante la Virgen del Totumito. Luego, de allí la sacaban en procesión, bajo palio, a las 4 de la tarde. Y la llevaban, en medio de ruegos y plegarias, al lugar en donde apareció por primera vez. Ya de regreso, la procesión casi siempre era sorprendida por un fuerte aguacero a pocos metros de la iglesia, a donde entraba precipitadamente a fin de impedir que la virgencita fuese “víctima” de un baño de agua a causa de su propio milagro. Era así como se iniciaba el invierno en Barcelona.

Aparte de las narraciones que hemos hecho en prosa, hay otra, pero en versos, del poeta anzoatiguense Pedro Parés Espino, publicada en su libro *Poemas coloniales*, con el título “La Virgen del Totumito”, en donde condensa, magistralmente, la historia de dicha imagen. El poema de referencia dice así:

*“El totumo de la leyenda
desde hace mucho no da flor;
el totumito al que María,
allá en la gloria de mi tierra,
un día lejano se fugó.*”

*Y refieren crónicas viejas
en que el candor su aroma da,
que fue porque a Cumanagoto
—la pajiza y naciente aldea—,
ella quería abandonar.
Y cuantas veces Barcelona
pensó la imagen retener,
ésta fugose al totumito
que, con la gracia de su fronda,
de tradiciones blasón fue.
Tan solo cuando rogativas
ella ofrecióle con unción,
la dulce Virgen peregrina
en su recinto se quedó.
Y cuando iba fiera peste
segando vidas, sin cesar,
al invocarla los creyentes,
se incorporaban los enfermos
entre un revuelo de plegarias
y el pasmo aquel de la ciudad.
También, si el fuego del secano
mustiaba los campos de Dios,
y, de Orinoco a La Borracha,
abría surcos el resol,
al sacarla, entre los claros cirios
y el abejeo de la procesión,
se desataba el aguacero,
a cuyo influjo bienhechor
reverdecían los maizales
en los conucos, y engordaba
con la apacible yerba nueva,
el ganado de buen vellón.
María prócer y guerrera,
capitana para la acción,
que, entre arcángeles denodados,
el fuga viste al invasor
quien, mar adentro, en sus navíos
hacía atrás tierras, fiero, huyó,
y como prueba del prodigio
al día siguiente el pueblo vio,
que ornaban conchas y cadillos
la orla del manto milagrero,
de tu albo manto protector.
Supiste, oh Virgen del Socorro,
morena virgen correntona,
de Barcelona fuerza y don,
guiar, con tino, el buque aquel
por sobre el sueño verdinoso
del virgiliano Neverí,*

*hasta el gran guamo protector,
para salvarlo del pirata,
del pirata de zarcos ojos
que saquear supo al español”.*

*“Hoy, que en la prócer Barcelona
la noble pátina aún se ve,
aunque sus graves caserones
mancilla tanto mercader;
ante tu manto milagroso,
por obra del fecundo ensueño,
el totumito de la gracia
retoña ahora en mi canción,
el totumito que un mal día
algún burgués, burdo, taló”.*

En síntesis. Esta es la historia de la imagen que se halla en la histórica Catedral de Barcelona, en la nave principal, en lo alto del altar mayor, ubicado en el fondo de dicha iglesia. Hoy la feligresía barcelonesa poco la recuerda en sus oraciones. Siendo de advertir que esta linda santa, a más de tener un gran valor histórico para nosotros los barceloneses, representa asimismo la entrañable devoción cristiana de esta ciudad del Neverí que nació bajo su égida protectora, y que hoy continúa airoso su camino de progreso y de gloria.